

# PROPUESTAS REVOLUCIONARIAS EN LA IZQUIERDA URUGUAYA DE LOS AÑOS 60

*Eduardo REY TRISTÁN\**

## Abstract

This article study the main revolutionary proposals in the uruguayan left between 1966 and 1973. Firstly, show a general view about the origin of the revolutionary groups between 1963 and 1966, trying to situate tendencies and debates about the possibilities of revolutionary action in Uruguay. Secondly, analyse the two main proposals borned in the preceding period, practically the only that can be considered such as: the foquista model of National Liberation Movement – Tupamaros (MLN -T), and the insurreccional model of the Anarchist Uruguayan Federation (AU).

## Resumen

Este trabajo trata de dos principales propuestas revolucionarias existentes en la izquierda uruguaya entre 1966 y 1973. Para ello, en primer lugar traza un panorama general de la gestación y nacimiento de los grupos revolucionarios entre 1963 y 1966, ubicando procedencias, tendencias y debates en torno a las posibilidades de acción revolucionaria en el país. En segundo lugar, analiza las dos principales propuestas que nacieron del periodo anterior, prácticamente las únicas que pueden considerarse como tales, aquellas que fueron definidas de forma estructurada y que fueron llevadas a la práctica por las organizaciones que las defendían: el modelo foquista del Movimiento de Liberación Nacional – Tupamaros (MLN -T) y el insurreccional de la Federación Anarquista Uruguaya (AU).

Entre 1955 y 1971, la izquierda uruguaya sufrió una transformación radical. De ser una izquierda bipartidista, dominada por socialistas y comunistas, minoritaria electoralmente e integrada en el sistema a través de la actividad

\* Investigador Posdoctoral de la Universidad de Santiago de Compostela. Trabajo realizado en el marco del Proyecto de Investigación BHA2002-01644, Ministerio de Ciencia y Tecnología. Correo electrónico: ereyt@usc.es

<sup>1</sup> Desde su nacimiento, nunca superó el 10% de los votos, quedando relegada a papeles de crítica en unas cámaras dominadas por la abrumadora mayoría que se repartieron siempre

política parlamentaria y de la sindical, pasó a ser una izquierda prácticamente monopartidista, aglutinada en el Frente Amplio (FA), renovada ideológicamente, que amplió su base política y electoral con la integración de fuerzas procedentes de los partidos tradicionales, y en la que el peso del binomio socialista-comunista pasó a un segundo plano.

En esa evolución vio además cómo de sus filas nacían propuestas revolucionarias que se colocaban fuera del sistema y que, en ciertos momentos, competían con ella por la dirección del movimiento de masas. Ambas no eran, sin embargo, dos izquierdas diferentes y encontradas. Fueron dos vertientes de una opción política unitaria, que pugnaba por una transformación social, política y económica del Uruguay, pero que lo hacían por caminos diferentes, divergentes en muchos casos, pero con puntos de contacto en otras ocasiones.

En estas páginas nos ocuparemos de la vertiente revolucionaria de la izquierda uruguaya en la década de los sesenta y los primeros años setenta. Analizaremos sus principales propuestas de transformación de la sociedad, al tiempo que las formas a través de las que entendían aquellas debían ser puestas en práctica. La izquierda revolucionaria uruguaya estuvo compuesta por diferentes grupos en distintos momentos. El comienzo de su periodo de gestación se sitúa hacia los primeros meses de 1963, pudiendo considerarse definitivamente consolidada como opción dentro de la izquierda cinco años más tarde. A lo largo de esos años, fueron muchos los grupos que participaron en sus debates y estructuras, los que colaboraron a través de esos ámbitos en la conformación definitiva de las diversas propuestas revolucionarias que cuajaron en la segunda mitad de la década. Aquí nos ocuparemos de las dos más importantes, prácticamente las únicas que pueden considerarse como tales, aquellas que fueron definidas de forma estructurada y que fueron llevadas a la práctica por las organizaciones que las defendían: el modelo foquista del Movimiento de Liberación Nacional – Tupamaros (MLN -T) y el insurreccional de la Federación Anarquista Uruguaya (FAU).<sup>2</sup> Estudia-

el Partido Colorado (habitual partido de gobierno) y el Partido Nacional (hasta 1958 el partido de oposición).

<sup>2</sup> Creada en 1956, representó la renovación y actualización de un anarquismo otrora capital en el movimiento obrero uruguayo pero desde 1929 muy poco significativo. La reorganización y renovación supuso el ensayo de nuevos caminos y la incorporación de nuevas ideas. La Revolución Cubana tuvo una influencia decisiva en su evolución, e incluso su apoyo le costó a la FAU una de sus más graves crisis internas en los primeros años sesenta. Para su primera etapa no existen trabajos publicados. Las informaciones aquí utilizadas provienen de entrevistas con viejos militantes, especialmente Juan Carlos Mechoso (realizada por el autor, 9/11/1999 y 9/11/2000, Montevideo), de prensa (pluntad y Lucha Li-

remos con detenimiento ambos en la segunda parte de este trabajo. Antes, en la primera, veremos los rasgos generales del periodo en el que se conformaron (1962-1967); y daremos cuenta brevemente de los ámbitos en los que lo hicieron y de los otros grupos que formaron parte de esos espacios, participando ahí del rico e intenso debate definidor de los modelos revolucionarios del Uruguay de los años siguientes.<sup>3</sup>

En estas páginas no se analizará la propuesta ideológica y de acción del Partido Comunista Uruguayo (PCU). Como se verá a lo largo del texto, no entendemos que ésta pueda considerarse revolucionaria en el sentido en el que aquí se utiliza. Si bien su objetivo final es la transformación de la sociedad, y por tanto en ese aspecto el comunismo sí era una opción revolucionaria, en el Uruguay de los años sesenta e inicios de los setenta el PCU defendía posturas que no contemplaban una acción directa y radical para llevar adelante esas transformaciones. Se entienden como organizaciones revolucionarias, por tanto, aquellas que defendían la acción revolucionaria inmediata, que en la América Latina de los años sesenta, por influencia del castrismo principalmente, significaba sobre todo el recurso a la lucha armada. En otros ámbitos, caso de los frentes de masas, eso se traducía en posiciones combativas en cuanto a demandas, acción y organización, como veremos.

La postura del PCU a lo largo del periodo estudiado había sido fijada en el proceso de renovación partidaria iniciado en julio de 1955 con la sustitución del viejo líder y fundador del partido Eugenio Gómez por Rodney Arismendi. A partir de un análisis de la situación nacional que presentaba al Uruguay como un país dependiente y doblemente oprimido (por el imperialismo norteamericano en lo externo y por los grandes propietarios y grandes capitalistas en lo interno), se entendía la sociedad uruguaya como la tensión entre dos bloques definidos: una minoría de terratenientes y un puñado de capitalistas vendidos al imperio —se decía—, frente a la mayoría de la población del país (la clase obrera, el campesinado, las grandes masas de la pequeña burguesía urbana, la intelectualidad y la burguesía nacional). La vía para superar esa situación sería la revolución agraria antiimperialista, y el instrumento clave para ello, centro desde entonces de su estrategia política, el Frente Democrático de Liberación Nacional, gran caudal unitario de todas las fuerzas democráticas encabezadas por el proletariado en alianza con los campesinos. Ese Frente estaría conforma-

bertaria), y de alguna documentación procedente del Archivo de FAU, Montevideo. Para el periodo posterior a 1965, contamos con el reciente trabajo del propio Mechoso (2002).

<sup>3</sup> Una visión más amplia de ese periodo, con detalle de grupos, relaciones, debates y propuestas, podrá encontrarse próximamente en un trabajo que será publicado en la Revista de Historia (Escuela de Historia, Universidad Nacional y Centro de Investigaciones Históricas de América Central, Universidad de Costa Rica, Costa Rica).

do por las fuerzas representativas de ambas clases, todo bajo la conducción del Partido de vanguardia, el comunista<sup>4</sup>.

La estrategia del PCU desde finales de los cincuenta dejó de lado la acción revolucionaria inmediata como vía de transformación radical de la sociedad. Se centró en el desarrollo del partido y en la acumulación de fuerzas entre las distintas clases a través del Frente Democrático de Liberación Nacional, cuya expresión política desde 1962 fue el Frente Izquierda de Liberación Nacional (FIDEL). Su acción durante la siguiente década, hasta el golpe de estado de 1973, siguió siempre esos principios. Y hay que señalar que lo hizo de modo relativamente exitoso por cuanto el PCU-FIDEL incrementó sus fuerzas y su peso político de forma muy significativa, además de ser la fuerza dominante en el movimiento sindical.

### Gestación de las propuestas y grupos revolucionarios

Desde finales de 1962 e inicios de 1963, militantes procedentes de las distintas fuerzas de izquierda comenzaron a discrepar con las líneas de sus organizaciones y a pensar en la esterilidad de las vías hasta ese momento transitadas<sup>5</sup>. En sus planteamientos estaba presente sin duda el éxito de la Revolución Cubana, ejemplo en esos años para el continente de transformación radical a partir de la acción. Igualmente se encontraban una serie de importantes frustraciones políticas vividas en los dos años precedentes, de las que destacamos sobre todo tres: la incapacidad de la izquierda para lograr siquiera las firmas necesarias para plebiscitar una reforma constitucional que defendía propuestas tales como la reforma agraria (1961); los

<sup>4</sup> Los materiales claves para comprender la renovación comunista y la propuesta política que rigió la vida del partido en los siguientes años hasta 1973, son los resultantes del XVI Congreso Ordinario del PCU: Informe del Comité Nacional, leído por R. Arismendi (30/9/1955, Montevideo, 84 pp., Archivo Fundación R. Arismendi, Montevideo); y del XVII Congreso Ordinario (noviembre de 1957): Declaración Programática y Plataforma Política Inmediata (PCU, 1988:54-66). Importante en la fijación de la línea del partido fue también el trabajo publicado por R. Arismendi en la Revista Estudios (órgano teórico del PCU), "El PCU ante el XL Aniversario de la Revolución de Octubre", no. 7, noviembre de 1957, pp. 17-31.

<sup>5</sup> Cabe señalar que desde 1960 al hablar de la izquierda ya no nos referimos sólo a los partidos que tradicionalmente la habían conformado: PCU, PSU y, desde 1956, FAU. La influencia de la Revolución Cubana primero, y cuestiones internas que afectaban a los partidos tradicionales después, provocaron que desde aquel año comenzasen a separarse de estos últimos grupos progresistas que conformaron nuevas organizaciones políticas, engrosando las filas de la izquierda. De todos, cabe destacar el Movimiento Revolucionario Oriental (MRO), formado en abril de 1961 por el ex diputado del Partido Nacional Ariel Collazo tras un viaje a Cuba.

escasos logros obtenidos por la radical y novedosa lucha de un sindicato agrícola del norte del país, la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas (1961 y 1962);<sup>6</sup> y, finalmente, los decepcionantes resultados obtenidos por la izquierda en los comicios de noviembre de 1962, inversamente proporcionales a la euforia y expectativas que había provocado la gran movilización en defensa de la Revolución Cubana y la propia campaña electoral, y que habían hecho suponer que la izquierda podría superar sus parcos resultados habituales y pasar a ser una alternativa de poder.

Todas esas frustraciones se fueron traduciendo desde los primeros meses de 1963 en la búsqueda de nuevas vías para la acción, en el debate en torno a qué caminos se podrían transitar para lograr la transformación del Uruguay. En el centro de todo ello estaban Cuba, con todo lo que significaba en esos años, los inicios del movimiento guerrillero en otros países del continente, o la polémica chino-soviética por ejemplo. En la conciencia de todos esos militantes estaba hacer algo, no seguir confiando en la acumulación de fuerzas y en la vía electoral para lograr los cambios que estimaban necesarios e imperiosos, máxime si en momentos de efervescencia de la movilización social y política, como habían sido los primeros sesenta en torno al apoyo a Cuba, a UTAA o con las elecciones de 1962, no se había logrado superar las miserias políticas de siempre.

Esas inquietudes fueron convergiendo en el primer semestre de 1963 en espacios comunes de debate, y poco a poco los que allí llegaban se fueron agrupando según la afinidad en sus posiciones. Las voluntades de acción tuvieron su primera prueba en el asalto realizado al Club de Tiro Suizo el 31 de julio de aquel año, así como en las clandestinidades necesarias para evi-

<sup>6</sup> UTAA fue fundado en septiembre de 1961 en el departamento de Artigas a raíz del trabajo de organización sindical que desde hacía meses desempeñaba en la zona un destacado miembro del Partido Socialista Uruguayo (PSU), Raúl Sendic. Los trabajadores de la caña de azúcar mantenían unas condiciones laborales, sindicales y humanas muy desfavorables, por lo que el trabajo de Sendic caló pronto, y rápidamente UTAA inició movilizaciones por derechos mínimos y pagos atrasados. En 1961 y 1962 realizó sendas marchas a Montevideo para dar a conocer su situación a los trabajadores y población del país, con un gran impacto por el descubrimiento de la precariedad de vida de aquellas familias, y una importante toma de conciencia de ciertos sectores de la izquierda hasta entonces volcados en la vida urbana. Sobre el tema véase Prieto (1986).

<sup>7</sup> Los comicios, a los que PSU y PCU se presentaron en sendas coaliciones (Unión Popular los primeros, FIDEL, los segundos) con organizaciones escindidas de los partidos tradicionales, significaron la pérdida de representación parlamentaria para el PSU y una ligera mejora del PCU, que recogió los votos perdidos por su contrincante. El porcentaje de voto de la izquierda en conjunto no sólo no superó los resultados habituales (6.21% entre PCU y PSU en 1958), sino que fue menor (5.79% entre ambas coaliciones en 1962) (Semanao Marcha, Montevideo, 5/11/1971, pp. 7-9: "Las vísperas del cambio").

tar la persecución policial posterior. Cuajó entonces la relación previa y los diversos grupos involucrados en la acción, así como otros que en esos meses habían participado en los debates, decidieron el establecimiento de una estructura no muy definida de coordinación que a partir de entonces se conocería, precisamente, como el Coordinador de los grupos.<sup>8</sup>

Sus integrantes eran: el Movimiento de Apoyo al Campesinado (MAC), conformado sobre todo por ex militantes de la Juventud del MRO que se habían separado del grupo por discrepancias en las formas de apoyo a las movilizaciones de UTAA y el significado que ello tenía en el debate sobre las condiciones y posibilidades revolucionarias; el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), de orientación maoísta, nacido también en ese año por divergencias en el seno de la Juventud del PCU respecto a la polémica Chino-soviética; un grupo encabezado por Raúl Sendic y formado principalmente por trabajadores cañeros del norte, integrantes muchos de ellos también de UTAA (si bien no se trataba del sindicato como estructura legal); militantes socialistas que en esos meses y a lo largo de 1964 se fueron separando de su partido por las limitaciones en la disposición revolucionaria que encontraban en él; y un grupo de dirigentes de la FAU.<sup>9</sup>

El Coordinador estuvo activo hasta 1965. Fue el espacio fundamental clave para el nacimiento de la izquierda revolucionaria. Comenzó como punto de encuentro para gentes de diversas procedencias políticas con objetivos comunes. En él se debatió sobre las condiciones del país, sobre sus posibilidades, sobre las vías, etc. Y en esos debates, en ese ámbito de relación, de actuación y de confrontación de ideas, se definieron las propuestas revolucionarias que dominarían la izquierda uruguaya en la segunda mitad de la década.

Todos sus integrantes habían llegado a él a partir de una convicción básica en cuanto a la necesidad de un cambio de metodología en la lucha por la

<sup>8</sup> El Coordinador fue, ante todo, una instancia de relación. Los grupos que lo conformaron mantuvieron sus particularidades y sus militantes pudieron seguir perteneciendo incluso a otras organizaciones políticas legales (lo que también les ofrecía cierta protección). Habían llegado a él por la convicción en la necesidad de la acción, y a partir de eso dejaron aparcada la eterna polémica ideológica que hasta ese momento había mantenido dividida a la izquierda, para demostrar, a través de la preparación para la actividad revolucionaria, sus voluntades. Para profundizar en todos los temas remitidos en este apartado remitimos de nuevo a la próxima publicación de la Revista de Historia, UN – UCR, Costa Rica.

<sup>9</sup> El conocimiento del Coordinador se debe sobre todo a los textos del Tupamaro Fernández Huidobro (1987, 1995), y a las entrevistas realizadas en Montevideo por el autor a militantes de sus organizaciones: Julio Arizaga, del MIR (21 y 23/8/1998 y 8/11/2000); Juan Carlos Mechoso, de la FAU (9/11/1999 y 9/11/2000); Julio Marenales, del MLN-T (4/8/1998 y 26/10/1999); Washington Rodríguez Beletti, del MIR primero y UTAA después (12/8/1998); y Jorge Torres, del MIR primero y MLN-T después (30/11/1999).

transformación de la sociedad, como se ha señalado: rechazaban las formas tradicionales (electorales principalmente), convencidos de su esterilidad para el objetivo planteado; al tiempo, entendían que la lucha revolucionaria era la única posibilidad para que el país avanzase en la línea deseada, como el ejemplo cubano ya había mostrado. Coincidían también en el análisis básico de la coyuntura nacional: la situación del país y la agudización de la crisis estaban conformando poco a poco las condiciones objetivas necesarias para que se diese una situación revolucionaria. Las luchas sociales se habían radicalizado desde inicios de la década; la situación económica se deterioraba rápidamente, destapándose al tiempo la corrupción de algunos sectores políticos y económicos; y las amenazas golpistas comenzaban a aparecer en el imaginario político del país desde 1964.

A partir de estas bases, la relación establecida en el Coordinador y la acción clandestina común reafirmó la voluntad revolucionaria de sus grupos y militantes. Pero si por un lado esas acciones en un primer momento tuvieron ese efecto, por otro, pronto generaron dinámicas propias que requerían que la definición conjunta superase el ámbito de las condiciones objetivas, de la situación nacional, y entrase en el de las condiciones subjetivas, esto es, en la definición de la organización revolucionaria y su forma de lucha.

En cuanto a la última, del Coordinador los grupos extrajeron un mínimo acuerdo: la guerrilla rural era inviable en el Uruguay. Entre 1963 y 1964 algunos grupos de militantes recorrieron los campos del país para estudiar posibilidades, se discutió el tema a partir del conocimiento de otras experiencias,<sup>10</sup> y se concluyó que la lucha armada sería sobre todo urbana.

El acuerdo no fue más allá. A mediados de 1965, en el último intento realizado para mantener la coordinación tras algunas crisis importantes, había ya tres ideas claras y diferenciadas entre los integrantes del Coordinador en cuanto al tipo de organización y lucha revolucionaria a seguir.<sup>11</sup> En primer lugar, el

<sup>10</sup> Se estudiaron experiencias históricas de lucha tanto rural (especialmente Cuba), como urbana. Frecuentes fueron las lecturas sobre los casos de Argelia, Palestina o Chipre, que más adelante resultarían útiles en la definición de alguno de los grupos. Trabajos citados luego como fuentes de aprendizaje de tácticas de lucha urbana fueron los libros de Robert Taber (1973) o de Menahem Begin (1978), así como las tácticas del general Grivas en Chipre.

<sup>11</sup> La reunión celebrada por todos los grupos en el balneario Parque del Plata fue la que deslindó campos entre las dos propuestas y grupos más importantes (el que luego creó el MLN-T y el anarquista). Ahí se coincidió en la imposibilidad de seguir juntos el camino, y desde ese momento cada uno comenzó a trabajar en la maduración y el desarrollo de su propuesta. La del MIR, también presente en estos momentos, no acababa de definirse, y no fue hasta meses más tarde que este grupo se separó de los que crearon el MLN-T (Fernández, 1987, 1995). Las informaciones de esta autor fueron cotejadas con las entrevistas señaladas en la nota número 9.

MIR era favorable a la creación del Partido Revolucionario de inspiración maoísta. Una organización clandestina, como en cierto modo había supuesto el Coordinador, podría tener la función de brazo armado, pero no sentido por sí sola. La actuación del MIR no tuvo una relevancia significativa desde que se deshizo el Coordinador y se creó el MLN-T, si bien siguió actuando como fuerza política. Desde 1967-1968 se abocó, no con mucho éxito, a la creación del partido de masas, pero hacia 1969 su existencia era poco más que testimonial debido a diversos conflictos internos. Sólo a principios de los setenta logró cierta inserción de masas, especialmente en el medio estudiantil con las denominadas Agrupaciones Rojas. En 1972, entendiendo que ya habían dado el salto de movimiento a partido revolucionario, pasó a denominarse Partido Comunista Revolucionario (PCR).

En segundo lugar, en los meses siguientes a la ruptura del Coordinador y tras la infructuosa reunión de Parque del Plata, un amplio grupo que podría aglutinar aproximadamente a la mitad de los militantes vinculados antes al Coordinador (unos cincuenta quizás), optó por la creación de una organización armada clandestina. Se trataba, en cierto modo, de profundizar en el modelo de acción y organización experimentado hasta ese momento, pero ahora superando los problemas que antes habían planteado la indefinición de las estructuras comunes, de las jerarquías o de las dobles disciplinas. Esa organización nacía en parte con planteamientos de autodefensa en una posible involución política, aunque en el fondo su idea fundamental era la preparación clandestina para el momento en el que se diesen las condiciones revolucionarias, contribuyendo mientras, en la medida de lo posible, a crearlas. Este planteamiento, defendido por el MAC, Sendic y el grupo de militantes llegado del PSU en 1964, cuajó en enero de 1966 en la creación del MLN-T.<sup>12</sup>

En tercer y último lugar, desde el anarquismo se rechazó tanto la creación del partido revolucionario de orientación maoísta como la de la organización clandestina. La clave de su estrategia era el trabajo de masas y la preparación para el momento en el que se diesen las condiciones para la

<sup>12</sup> Los rasgos básicos de la organización ya se habían establecido en Parque del Plata. Ahí se habían discutido las tesis que significaron la separación de los anarquistas del proyecto, se aprobó un Reglamento básico que más adelante sería el del MLN-T, y se determinaron los pasos a dar para la creación de éste en una reunión que tendría lugar meses más tarde, la I Convención Nacional en enero de 1966 (momento en el que se separó el MIR). El Reglamento que se aprobó en aquella reunión y que desde la I Convención Nacional de enero de 1966 se convirtió, con ligeros retoques, en el Reglamento del MLN-T, había sido redactado por Fernández Huidobro entre 1964 y 1965. En los debates finales del Coordinador en 1965, representaba la apuesta por una sola disciplina y una sola organización, con el significado que ello tenía (Jorge Torres y Eleuterio Fernández, entrevista conjunta con el autor, 9/12/2000, Montevideo).



revolución. Se entendía que el centro de la actividad revolucionaria debía ser la organización política, cuya función sería coordinar la lucha de masas y orientar la acción de una organización clandestina que apoyase a la anterior en su radicalización y enfrentamiento. Ese aparato clandestino, en todo caso, actuaría bajo criterio político, en apoyo de las movilizaciones, y siempre en relación con el grado de radicalización de las masas. No podía tener sentido más allá de las luchas de éstas, ni actuar como organización autónoma desvinculada de las movilizaciones sociales.

Si bien el Coordinador fue hasta 1965 el espacio fundamental en la definición de la izquierda revolucionaria uruguaya, no fue el único que existió. Otras organizaciones fueron llegando a posiciones revolucionarias desde la práctica política legal. Así fue el caso por ejemplo del PSU o del MRO. Estos mantuvieron contacto también con los primeros grupos, pero fue su evolución política en el marco de la radicalización de la vida política del país en la década lo que los hizo avanzar en ese camino. Su confirmación definitiva fue la participación de ambos, junto con otros grupos como la FAU, el MIR y algunos independientes, en la reedición de un diario de izquierdas en 1967 con una clara definición revolucionaria: el diario *Época*. Éste, que había salido desde junio de 1962 hasta febrero de 1967 representando el medio de prensa de toda la izquierda no comunista del momento, tras unos meses de cierre fue retomado por las organizaciones señaladas. Se hizo al tiempo que las posiciones de todas ellas convergían en torno a la polémica con el PCU sobre la participación en la Organización Latinoamericana de Solidaridad.<sup>13</sup> Su proyecto se resumió en el documento conocido como Acuerdo de *Época*, que declaraba como objetivo primordial la promoción de la maduración de las condiciones para la revolución en el Uruguay en el marco de la revolución latinoamericana, aceptaba plenamente las resoluciones de la OLAS (que defendían la instauración de la lucha armada en el continente), y declaraba la voluntad de trabajar por la revolución nacional: para destruir el régimen vigente al tiempo que liberar al país de la tutela del imperialismo norteamericano. La vía sería la lucha armada.<sup>14</sup>

<sup>13</sup> La OLAS, celebrada en La Habana del 31 de julio al 13 de agosto de 1967, era un proyecto de internacional revolucionaria latinoamericana promovida por Cuba. Pretendía la coordinación y apoyo de las luchas revolucionarias del continente, y consideraba la guerrilla rural teorizada por Regis Debray y el Che Guevara como el modelo revolucionario fundamental para la lucha revolucionaria (OLAS, 1967).

<sup>14</sup> No se han conservado los cinco números de *Época* editados entre el 7 y el 12 de diciembre de 1967. Se conoce el texto del Acuerdo de forma parcial gracias a un trabajo inédito de Hugo Cores consultado en el Archivo David Campora de Montevideo (en adelante

El 12 de diciembre de 1967, cinco días después de la reapertura de *Época* con esta declaración en sus páginas, las organizaciones firmantes fueron ilegalizadas, y el diario clausurado. A partir de entonces, las reglas de juego cambiaron. El PSU se mantuvo en una clandestinidad relativamente organizada, procurando mantener algo de presencia en los medios de masas. Pero renunció a continuar transitando por los caminos anteriores. Su regreso a la política legal se produjo en diciembre de 1970, y a partir de enero de 1971 fue integrante del FA sin destacar por sus posiciones radicales, acercándose en todo caso a las del PCU.

Por su parte, el MRO sí pretendió continuar la coordinación con las organizaciones firmantes del acuerdo y ahora ilegalizadas, pero sólo obtuvo respuesta positiva de la FAU. A partir de mediados de 1968, inició su preparación para la actividad revolucionaria en el país. Hasta ese momento había supeditado su estrategia a los dictámenes cubanos. Entendiendo que el Uruguay no era propicio para la lucha rural, y que además no había agotado todas sus opciones de lucha política legal, sus tareas se habían centrado en éste ámbito, consistiendo su actividad revolucionaria en el apoyo a otros movimientos del continente. La muerte de Guevara y la ilegalización de la organización impulsaron un cambio de estrategia y la preparación para la lucha urbana como forma de lucha contra la dictadura. El paso definitivo lo dieron en junio de 1968 tras la detención de parte de la dirección en una reunión clandestina, en lo que entendieron como el fin de las posibilidades de acción legal.<sup>15</sup> En las siguientes semanas organizaron las Fuerzas Armadas Revolucionarias Orientales (FARO), cuyas primeras actuaciones tuvieron lugar en los meses de septiembre y octubre, si bien su actividad clandestina fue prácticamente irrelevante en el total de la acción violenta del periodo.<sup>16</sup> Al igual que ocurría con el MIR, no se puede decir que tras las FARO hubiese una clara concepción de acción revolucionaria. En este caso fue un proyecto de acción, pero en ningún momento una propuesta elaborada que pudiese competir con las que defendían tupamaros o anarquistas. A partir de 1971, tras muchas detenciones

ADC). Sus contenidos coinciden con la descripción del documento realizados por la Resolución de clausura del diario y pequeños fragmentos citados en la prensa del momento.

<sup>15</sup> Ariel Collazo, entrevista con el autor, 10/11/99 y 5/12/2000, Montevideo.

<sup>16</sup> La actividad violenta de las FARO fue muy poco significativa en el global de la izquierda revolucionaria del periodo. Del total de acciones cuya autoría ha sido identificada como correspondiente a la izquierda, sólo le corresponden el 1.4%. Se trató sobre todo de robos para desarrollo de la infraestructura clandestina, contabilizándose también alguna acción de propaganda como la toma de un cine para difusión de volantes de la organización (Rey, 2002:426-421).

y muy pocos logros, el MRO volvió a la legalidad y se integró al FA, con lo que la lucha armada quedó definitivamente abandonada.

### El foquismo tupamaro

La estrategia revolucionaria tupamara se definió, en lo fundamental, en los debates del Coordinador y en los meses previos a la creación de la organización en enero de 1966. Sus ideas básicas, presentes en muchos de los trabajos que se manejaron en los debates de aquella primera y definidora etapa, fueron sintetizadas en junio de 1967 en el conocido como Documento no. 1 del MLN-T,<sup>17</sup> si bien en los siguientes años otros textos matizarían, complementarían o enriquecerían la propuesta con la cual nació la organización.<sup>18</sup>

Dado que aquellos debates habían girado desde 1963 en torno a documentos, ideas y propuestas procedentes, principalmente, de la Revolución Cubana, las conclusiones de quienes optaron por la creación de la organización revolucionaria clandestina no podían menos que ser deudoras de aquella. Las principales fueron tres: el carácter continental de la lucha, la apuesta por la lucha armada como única posibilidad para la transformación revolucionaria de la sociedad, y la convicción de que ella contribuirá al desarrollo de las condiciones necesarias para la revolución a partir del establecimiento de un foco militar (no político).

La idea de Guevara de muchos Vietnam en América Latina, era traducida por los tupamaros en la propuesta de una revolución continental con una estrategia continental. Sus razones básicas eran: la necesidad de colaboración entre las organizaciones revolucionarias para afrontar una lucha larga y prolongada contra el imperialismo, quien además desarrollaría una estrategia de represión y contrarrevolución a nivel continental; y la convicción de que la lucha en cualquier país era

<sup>17</sup> Documento no. 1, MLN-T, junio 1967, Montevideo. Reimpresión MLN-T de 1985 (ADC), Montevideo. Puede consultarse también en la obra de Harari (1987:228-249). Jorge Torres fue autor de la redacción de buena parte de las tesis básicas que se manejaron en la reunión de Parque del Plata y que se recogen en el Documento no. 1. Este documento resumió la propuesta revolucionaria de aquellos que habían optado por una nueva organización clandestina (Jorge Torres y Eleuterio Fernández, entrevista conjunta con el autor, 9/12/2000, Montevideo).

<sup>18</sup> Además del Documento no. 1, cabe señalar otros documentos del MLN-T importantes para conocer su concepción revolucionaria: Treinta preguntas a un tupamaro (junio 1968, Montevideo, ADC. Véase también en Costa, 1971:68-77); el Documento no. 3 (mayo 1968, Montevideo. Reimpresión MLN-T, mayo 1985, ADC. Véase también en Harari, 1987:249-259); el Documento no. 4 (enero 1969, Montevideo, ADC. Véase también en Harari, 1987:265-284); y el documento Foco o partido, falso dilema (agosto 1971, Montevideo, ADC. Véase también en Harari, 1987:384-400).

una contribución a la emprendida por todos los demás. Esta idea, originaria de los teóricos castristas, fue recogida por los tupamaros como justificación para el establecimiento de la lucha armada en el Uruguay, país que, junto con Chile, no contaba en la estrategia cubana por las posibilidades que entendían tenían aún en ellos las transformaciones por las vías establecidas. Este argumento, que el propio Guevara había defendido en Montevideo en 1961 con ocasión de una conferencia en la Universidad de la República, significaba un indudable apoyo para la estrategia comunista. Los tupamaros lo vaciaron de excepciones y apostaron por demostrar que la lucha armada era posible también en el Uruguay, que tendría sus propias características, y que debía ser parte de la estrategia revolucionaria continental por las mismas razones por las que debían serlo las luchas que se pudiesen desarrollar en el resto de países del continente. Además, la propia situación del país entre dos estados gorilas desde 1966, reafirmaba la necesidad de ubicar la lucha uruguaya en una estrategia continental: tanto por las posibilidades de incremento de la represión que aquella situación suponía, como por la vinculación con los exiliados brasileños y argentinos.

En lo nacional, el análisis realizado entre 1964 y 1966 en el seno del Coordinador, recogido en el Documento no. 1, les había llevado a concluir que si bien existían condiciones objetivas para la acción revolucionaria, las subjetivas todavía no se daban. Las primeras eran resultado de la crisis que sufría el país tanto en lo económico como en lo político y social. Entendían que estaban ante un continuo deterioro del sistema, el de un régimen legal que escondía en el fondo una dictadura de clase, y cuya única respuesta ante la persistente crisis y las demandas sociales que la acompañaban era un progresivo recorte de libertades y el aumento de la represión.

Pero así como la crisis había puesto de manifiesto la existencia de unas mínimas condiciones objetivas para la acción revolucionaria, la respuesta que se daba desde la izquierda mostraba la inexistencia de las condiciones subjetivas necesarias para emprenderla. La izquierda era débil, estaba atomizada, y si bien contaba con muchos decididos revolucionarios en sus filas, carecía de una organización que pudiese recibir tal calificativo. Había elementos positivos, caso del elevado grado de organización de los trabajadores, especialmente en los sectores claves de la actividad estatal. Pero eso sería significativo en el momento en que una organización revolucionaria pudiese dirigir y radicalizar las luchas, no era un factor para su desencadenamiento.

La respuesta a esta situación debía pasar por la creación de las condiciones subjetivas necesarias para la transformación revolucionaria del Uruguay. Y en este punto, el MLN-T optaba por una de las dos posiciones que dominaron y dividieron a la izquierda latinoamericana en los años sesenta: la creación de las condiciones a través de la lucha armada, como única posibilidad real de acceso al poder en un plazo relativamente breve, como la

única vía para la liberación nacional y la revolución socialista .<sup>19</sup> Frente a esta idea, buena parte de los partidos comunistas de la región defendían el fortalecimiento del Partido, la lucha de masas y el uso de los mecanismos legales existentes como fórmula no violenta de acceso al poder.

La opción por la lucha armada como elemento fundamental para la creación de las condiciones subjetivas —esto es, de la organización revolucionaria— adoptada por el MLN-T desde sus orígenes, fue justificada con dos argumentos: en primer lugar, porque desde su nacimiento, las organizaciones de izquierda se habían dedicado al enfrentamiento verbal. Añadir un nuevo partido a ese panorama sería inútil, pues supondría más de lo mismo: discursos, reuniones, locales, periódico,... pero no la Revolución. Defendían que aquella organización que quisiera considerarse revolucionaria, debería prepararse siempre para la lucha armada, pues en cualquier momento podía ser atacada por la represión, y tenía que estar preparada para defender su existencia y no desaparecer; y porque si a cada militante no se le inculca desde el principio la mentalidad del combatiente, se crearía no un movimiento revolucionario, sino un movimiento de apoyo a la revolución, como mucho. Afirmaban que para que un partido de izquierda cumpliera con los principios revolucionarios que enunciaba, debía prepararse para la lucha en toda la escala del partido, pues esa era la única forma de enfrentarse a la reacción en cada momento, y aprovechar una posible coyuntura revolucionaria.<sup>20</sup> Según esto, en el Uruguay de mediados de los sesenta, ningún partido podía considerarse revolucionario, si bien en el seno de todos los existentes había muchos militantes auténticamente revolucionarios. Por tanto, lo que se necesitaba en aquellos momentos era crear un foco, una organización político militar revolucionaria que los agrupase a todos.<sup>21</sup> A partir de ahí, el desarrollo de la lucha y su propaganda iría atrayendo a todos aquellos para los que la revolución era algo más que palabras.

<sup>19</sup> MLN-T, Documento no. 1, junio 1967, Montevideo.

<sup>20</sup> Las citas proceden del documento Treinta preguntas a un tupamaro (MLN-T, junio 1968, Montevideo), redactado por Raúl Sendic para formación interna de los militantes. Sus ideas básicas fueron tomadas del Documento no. 1. En lo que respecta al debate entre foco y partido, véase el documento Foco o partido, falso dilema (MLN-T, agosto 1971, Montevideo), sistematización de las ideas expuestas desde 1967 sobre el tema.

<sup>21</sup> El acento principal debe ponerse en el desarrollo de la guerra de guerrillas y no en el fortalecimiento de los Partidos existentes o en creación de nuevos partidos. El trabajo insurreccional es hoy, el trabajo político número uno. La cita es de Régis Debray y aparece en el Documento no. 1 del MLN-T (junio 1967). Este documento se apoyó constantemente en citas de los teóricos castristas, tanto Debray como el Che Guevara.

Se asumía así la idea de foco desarrollada por los teóricos castristas tras el triunfo de la Revolución Cubana.<sup>22</sup> Se trataba, en líneas generales, de una pequeña organización clandestina que iniciaba la lucha para que, a través de ella, se crease la conciencia necesaria en los sectores revolucionarios y en el pueblo. A medida que avanzasen las condiciones y el proceso revolucionario, esa pequeña organización política podría transformarse en un auténtico partido revolucionario, lo cual sería sin duda por haberse creado en la lucha, y no sólo por haberse dotado de tal nombre.

Esa organización sería política y militar a un tiempo, según recogía el Documento no. 1. Lo primero, porque una organización estrictamente militar no sería capaz de vincularse con el pueblo y movilizarlo; lo segundo, porque un movimiento revolucionario que sea consecuente debe resolver problemas técnico militares que le permiten acompañar y llevar la lucha de clases a niveles superiores. Si la vía armada era el único camino para la liberación nacional, la organización por fuerza deberá ser armada para garantizar la lucha de las masas y posibilitar el triunfo. Ambos aspectos debían convivir en la organización revolucionaria, y sus diferencias serían las derivadas de la necesaria especialización en el trabajo a desarrollar para alcanzar los fines propuestos.

El valor principal del foco era la ruptura que su accionar suponía para las organizaciones de izquierda que no apostaban por la vía armada.

Nuestra estrategia implica la instalación de la lucha armada sistemática [...] consiste esquemáticamente en lo siguiente: un grupo armado como para sostener una lucha prolongada, es decir, preparado para no ser destruido de inmediato en las acciones. Ante el hecho consumado, el resto de la izquierda y el pueblo se ven ante estas alternativas: o sumarse a la lucha armada o permanecer indiferente a la misma, o servir de ‘soldado tranquilo’ de la contrarrevolución. [...] Esto transforma en muy incómoda la posición de los izquierdistas que no hayan optado por apoyar la lucha armada o unirse a ella. Quedan marginados del verdadero foco de la lucha de clases y sufriendo las consecuencias del mismo. Políticamente la historia ya no pasa por ellos.<sup>23</sup>

Con ello se seguía la línea que ya había sido inaugurada por Raúl Sendic y UTAA cuando, en vez de discutir con la izquierda la conveniencia de hacer una

<sup>22</sup> Los textos básicos para el tema son la obra de Ernesto Guevara *Guerra de Guerrillas*, de 1960 (Guevara, 1974) y el trabajo de Régis Debray *¿Revolución en la revolución?*, que llevaba más lejos los postulados del primer trabajo al recoger las experiencias guerrilleras hasta 1966 (Debray, 1967).

<sup>23</sup> Tanto esta cita como las del siguiente párrafo pertenecen al documento del MLN-T, Documento no. 3, mayo 1968, Montevideo.

marcha de trabajadores cañeros, decidía lanzarse a ella, y la misma conmoción pública que crea, obligará a los sectores con quienes discutimos en vano a seguirla de atrás. Se trataba del valor de la acción como generadora de condiciones revolucionarias, idea fundamental en toda la estrategia tupamara.

El foquismo tupamaro tenía sus orígenes en las propuestas de los teóricos castristas, sin duda. Pero mantuvo diferencias sustanciales con ellas. Primero, porque rechazaba su forma, la guerrilla rural. El estudio de sus posibilidades en el Coordinador les había mostrado su inviabilidad en el Uruguay. Además, tomaron en cuenta que se encontraban en un país que aglutinaba alrededor de la mitad de su población en una sola ciudad, la capital. La lucha debía ser, por tanto, urbana. Para ello, desarrollaron una auténtica teoría de la guerrilla urbana, casi novedosa en aquellos momentos en el continente, que se oponía a la guerrilla rural cubana, y cuyos precedentes podrían encontrarse en las luchas argelinas de Ben Bella, y en Palestina durante los años cuarenta.<sup>24</sup> Según analizaba el Documento no. 1, la ciudad era lugar en el que se podía encontrar refugio y operar en unidades pequeñas siguiendo las leyes y tácticas de la lucha en este medio. Presentaba facilidades para comunicaciones y enlaces, y las fuerzas enemigas, a pesar de que era aquí en donde estaban concentradas, se encontraban muy sujetas a la defensa estática (a lo que dedicaban un 50% de sus efectivos). Además, el medio no era hostil, sino conocido, y se podía llevar una doble vida, incluso tener locales si se contaba con una buena vigilancia. En la ciudad, el enemigo siempre podía sufrir un ataque sorpresivo. Y no sólo sus fuerzas, sino también su mando: la clase oligarca, que al final era el principal enemigo de la revolución —las fuerzas de seguridad eran sólo los medios de los que se valían—, se vería también afectada directamente, no sería ajena a la lucha, y en cualquier momento podría ser atacada.

En segundo lugar, la diferencia con el foquismo cubano radicaba en que éste comprendía el foco, primero, como algo principalmente físico, el grupo de hombres instalados en el lugar del medio rural que iniciaban la lucha, y

<sup>24</sup> Además de la obra de M. Begin (1978), que ya hemos visto fue uno de los libros de cabecera de muchos tupamaros en estos años, fueron importantes los textos de Mao, el texto del General Bayo 150 preguntas a un guerrillero, y el Reglamento de Infantería de Marina para lucha urbana del ejército norteamericano. A pesar de lo que se ha argumentado en ocasiones, no parece que hubiese tenido importancia el trabajo sobre guerrilla urbana de Carlos Marighella (1970), ni el del mismo tema de Abraham Guillén (1966). Según Jorge Torres, esa obra había sido escrita a partir de materiales elaborados por él en meses anteriores, y que habían sido prestados a Guillén por otro miembro del Coordinador. Desde la publicación de ese texto por Guillén, que disgustó tanto por la apropiación como por la indiscreción que suponía, las relaciones se rompieron (Jorge Torres, entrevista con el autor, 30/11/199, Montevideo).

después, como elemento movilizador de conciencias revolucionarias. El MLN-T, al no asumir la guerrilla rural, rechazaba el primer sentido y se quedaba sólo con el segundo, interpretándolo con una idea más sutil de núcleo activista cuestionador y aglutinador. Planteaba su foco desde un punto de vista cualitativo: su influencia no era la puramente militar, sino que radicaba en la capacidad para conmover las mentalidades revolucionarias. En su teoría —aunque no siempre en la práctica— la lucha armada (método) era un apoyo a la lucha principal, la política. Servía como recurso propagandístico para movilizar al resto de la izquierda; y su fuerza radicaba precisamente ahí, y no en las armas, que eran más que nada una ayuda para darse a conocer a la luz pública. Por tanto, el foco tupamaro, base de toda la estrategia revolucionaria del MLN-T, era ideológico y propagandístico.

A partir de esta concepción del foco y la actividad revolucionaria, los tupamaros debían articular una propuesta revolucionaria. Su primera etapa consistía, según se definió en el Documento no. 1, en el desarrollo del aparato armado, la estructura, que implicaba fundamentalmente acciones de pertrechamiento, de ejercitación y de aprendizaje. A partir de la consolidación de la organización revolucionaria —lograda en la segunda mitad de 1967— debían pasar a una etapa de proyección pública que les permitiese crecer y llegar a constituir el partido revolucionario. Para esto, la estrategia tupamara se basó en la idea de propaganda armada : a través de un uso moderado de la violencia y de la selección de los objetivos con cierto criterio político, buscaron ganar la simpatía y apoyo de las masas. Entendían que era más efectivo que muchas formas de lucha política tradicional:

El secuestro de un personaje odiado del régimen llega más a la masa y transforma más la vida de un país que muchas publicaciones y actos públicos de la izquierda tradicional.<sup>25</sup>

Con esta estrategia lograron concitar un cierto apoyo social y la incorporación de los sectores más politizados del movimiento estudiantil a partir de la segunda mitad de 1968.<sup>26</sup> Pero la dinámica acción-simpatía tenía unos

<sup>25</sup> MLN-T, Foco o partido, falso dilema, agosto 1971, Montevideo.

<sup>26</sup> El análisis de las acciones violentas realizadas por el MLN-T entre 1966 y 1972 muestra que en primer lugar el accionar tupamaros se orientó al pertrechamiento, esto es, a los robos con fin de dotar de infraestructura a la organización. Estas acciones ocuparon prácticamente la mitad de las realizadas (45.7%). En segundo lugar figuran las acciones propagandísticas, con el 17.4% del total en ese periodo. Estas iban desde el copiamiento de lugares de trabajo o diversión para la difusión de proclamas y volantes, a la toma de radios o la emisión clandestina. Además, hubo un número considerable de ataques a pro-



límites que no fueron percibidos en su dimensión por la organización. A través de ella podían lograr ciertos apoyos, pero que se mantenían en el reducido círculo de los sectores politizados o radicalizados por las luchas del momento. Para llevar a término su proyecto, deberían conseguir transformar la guerrilla urbana en ejército revolucionario, articular la forma en que podrían vencer a las fuerzas de seguridad, y transformar al tiempo la organización revolucionaria en el auténtico Partido Revolucionario.

Pero para esto carecieron de estrategia. El accionar propagandístico y generador de cierta conciencia tenía sus límites. La repetición de acciones similares podría llevar a lo que los anarquistas en un documento sobre estrategia revolucionaria denominaron anestesia de las masas<sup>27</sup> Para evitarla tendrían que incrementar el número de acciones o bien realizar un cambio cualitativo en ellas. Y cualquiera de las dos vías tenía sus peligros: tanto por el incremento del aparato y el descenso en los niveles de seguridad interna, que efectivamente se dio; como por el incremento de la violencia y la aparición del militarismo per se, que también ocurrió.

En el fondo el problema parece haber radicado en el papel que se le había designado a las masas según la concepción foquista: eran simples receptoras de un mensaje, pero no participantes en el proceso revolucionario más allá de los militantes politizados o radicalizados que se incorporasen al aparato militar. El Documento no. 4 en 1969, hacía hincapié en la necesidad de volcar la organización a las masas.<sup>28</sup> Pero no fue realmente hasta la segunda mitad de 1970, y tras serios golpes recibidos de parte de las fuerzas de seguridad, que se procuró el desarrollo del trabajo de masas en sentido más tradicional. Las estructuras creadas para esto fueron dos: en primer lugar, la Columna 70, integrada en el propio MLN -T y que debía funcionar como columna de masas. En cada uno de sus tres sectores (estudiantil, obrero y barrial) se ubicaban los militantes que desarrollaban su tarea en sus respectivos frentes de masas, así como los nuevos miembros que llegaban a la organización. Esta columna, pensada con un claro componente político, a partir de cierto momento comenzó a ser más que nada la puerta de entrada al movimiento, inflando quizás en demasía los cuadros militares y dejando grandes fallas de seguridad al descubierto.

pedades, que no son catalogables directamente como acciones propagandísticas, aunque en muchos casos tenían ese sentido, como los ataques a empresas extranjeras, grandes compañías nacionales o símbolos de ocio de la oligarquía. Estas acciones representaron un 7% del total de la actividad violenta tupamara, a sumar a la cifra anterior (Rey, 2002:421-428).

<sup>27</sup> FAU, COPEI, 1972, Montevideo. Archivo FAU, Montevideo.

<sup>28</sup> MLN -T, Documento no. 4 enero 1969, Montevideo.

En segundo lugar, en 1971 se creó el Movimiento de Independientes “26 de Marzo”, que se integró en el FA. Era la expresión política de los tupamaros en la izquierda legal, y servía para aglutinar toda aquella militancia radicalizada que no tenía cabida en la organización militar. Representaba en cierta medida la influencia política y de masas generada por la organización. En las elecciones de 1971 no presentó candidatos, apoyó al FA, si bien parece que hubo cierta tendencia entre la militancia del “26 de Marzo” a dar su voto por algunos candidatos de posiciones radicales y simpatías hacia los tupamaros.

En todo caso, la opción del MLN-T por las masas, el intento de creación del movimiento revolucionario a partir de la organización revolucionaria, como en un principio se había previsto, se encaró en un momento quizás demasiado tardío, en el que se carecía de estrategia global y en que estas estructuras resultaban prácticas más que nada para descongestionar el aparato militar (aunque a veces tuvo el efecto inverso). El radical enfrentamiento con las fuerzas de seguridad en 1972, que concluyó con la derrota del MLN-T, cortó toda posibilidad de que los ámbitos no militares del movimiento tupamaro tuviesen posibilidad de alcanzar un desarrollo mayor.

### El modelo insurreccional anarquista

La estrategia revolucionaria anarquista, elaborada en sus aspectos básicos en el Coordinador, como había ocurrido con la tupamara, no comenzó a ser desarrollada hasta 1968. Influyó en ello sin duda la actividad legal de la FAU hasta diciembre de 1967, así como la ilegalización sufrida en ese mes. La primera, por cuanto las perspectivas de actividad política en espacios legales posibilitaban tareas importantes de cara a la proyección pública de la Federación. Así, en los meses que siguieron a la ruptura del Coordinador los anarquistas continuaron participando en el diario *Época*, en los debates sobre la unidad de la izquierda de 1966, o en los que tuvieron como referencia la integración de los comités uruguayos a la Conferencia Tricontinental (1966) o a la OLAS (1967). Igualmente, fue elemento activo en la unidad sindical gestada entre 1964 y 1966, que finalizó en ese año con la creación de la Convención Nacional de Trabajadores (CNT), central sindical única. En su seno, y desde la dirección de algunos sindicatos o las agrupaciones de otros, promovió una línea combativa y de radicalización de las luchas que rápidamente chocó con la defendida por los sindicalistas de orientación comunista, cuyas ideas eran mayoría en la central.

La segunda, la ilegalización en diciembre de 1967, acabó de decantar la opción seguida por ese sector del anarquismo uruguayo. Entendían que confirmaba el análisis de la situación nacional que habían realizado en los años

previos, especialmente la tendencia represiva y de recorte de libertades del régimen vigente a medida que la crisis se acentuaba y era mayor la radicalización de las luchas sociales.

El año clave en la maduración de la estrategia revolucionaria anarquista fue, por tanto, 1968. En el plano teórico, desde la ilegalización de la FAU se promovió una nueva publicación, Rojo y Negro, que venía a sustituir no sólo al viejo órgano de la Federación, Lucha Libertaria, inexistente de todos modos desde 1965, sino también al diario Época, a través de cuyas páginas dejaban oír su voz. Se trataba de una revista teórica que serviría para exponer tanto la línea propia como otras experiencias revolucionarias a nivel continental o mundial. Dos trabajos teóricos aparecidos en otros tantos números a lo largo de 1968 (los únicos que llegaron a publicarse), muestran claramente la evolución ideológica que se operaba en el anarquismo uruguayo.<sup>29</sup> Retomaban el análisis político realizado en los últimos años, que tenía como elementos fundamentales el antiimperialismo, el latinoamericanismo y la defensa de la contradicción explotados (pueblos del Tercer Mundo) y explotadores (clases dominantes en los diferentes países en alianza con el imperialismo) como la principal del momento. Defendían asimismo una revolución socialista y continental, que se insertase en el proceso global de lucha del Tercer Mundo por su liberación. Para ello su estrategia debería ser continental e internacionalista, si bien buscando siempre las vías propias y no adoptando modelos foráneos que no se adecuasen a la realidad nacional. Y si bien esto suponía un rechazo implícito a la idea del foco y su traslado al Uruguay, por otra parte había un claro acercamiento a ciertos postulados del castrismo y algunas deudas ideológicas con la Revolución Cubana, que desde su éxito tuvo importante influencia en la FAU.<sup>30</sup>

A partir de esas ideas, los trabajos de Rojo y Negro reflexionaban de forma más profunda sobre la situación nacional y la radicalización de las luchas en respuesta a la oleada represiva que entendían se había inaugurado en octubre de 1967 con la primera declaración de medidas prontas de seguri-

<sup>29</sup> Rojo y Negro, Montevideo, no. 1, mayo 1968, pp. 7-40: "Una sola respuesta"; no. 2, diciembre 1968, pp. 7-29: "40 puntos para la acción aquí".

<sup>30</sup> Algunos textos básicos para conocer la evolución de la ideología anarquista en estos años son: el artículo publicado en el diario Época, Montevideo, el 27/10/1966, "Diez años de lucha por el Socialismo y la Libertad. Sentido del acto del sábado"; el documento de FAU Izquierda, Reformismo, Acción Directa Popular (folleto, 26 pp., enero 1967, Montevideo. Archivo FAU), y el Discurso de Gerardo Gatti en el X Aniversario de FAU, del que una versión parcial fue publicada por Época, Montevideo, el 24/11/1966 bajo el mismo título.

dad de esos meses,<sup>31</sup> seguidas por el ascenso de Pacheco Areco a la presidencia en diciembre y su inmediato decreto de ilegalización de casi toda la izquierda no comunista con cierre de sus medios de prensa. Ya en 1968, sus principales hitos fueron las medidas de seguridad del 13 de junio para combatir los conflictos sindicales y estudiantiles, así como para imponer la congelación de precios y salarios, la reglamentación sindical decretada, o los asesinatos de los primeros estudiantes por la policía en agosto y septiembre. Se trataba, definitivamente, según Rojo y Negro, de la consolidación de una dictadura constitucional, la fórmula adoptada por una reacción continental (sujeta a la política global del imperialismo norteamericano), que procuraba vías nacionales según el carácter del país. Para el Uruguay, dada su tradición política, no podía ser otra que esa, un ropaje institucional para un régimen gorila. La represión asimismo era intensa aunque medida, selectiva y progresiva, orientada contra los sectores más radicalizados del movimiento popular. Todo ello manifestaba —decían— la cruda realidad del régimen burgués, su evolución al autoritarismo, cuando el objetivo es conservar sus bases socio-económicas y su dominio, para lo cual no duda en recurrir a la violencia. La solución a la crisis debía ser la negación del régimen. Pero la lucha del movimiento popular para ello se encontraba con el freno que le imponían los reformistas, así como la falta de un plan de lucha conjunto que superase las limitaciones de las medidas sindicales clásicas, o el liderazgo que todavía ejercían reformistas y liberales desarrollistas.<sup>32</sup>

Al tiempo que el anarquismo interpretaba de este modo la coyuntura política del momento, iniciaba el desarrollo de las tareas organizativas que le permitiesen superar la traba de la ilegalización, seguir presente y sumando esfuerzos combativos en el frente de masas, y preparándose al mismo tiempo para luchas más radicales para las que —estimaban— sería preciso estar listo dada la evolución del régimen.

Las transformaciones organizativas de 1968 muestran claramente que ahí ya estaban presentes todos los elementos de la concepción revolucionaria del anarquismo en este periodo, si bien la formulación teórica definitiva de ésta, por otras circunstancias, no se concluiría hasta 1972 con el documento denominado COPEI.<sup>33</sup> Según el testimonio de Juan Carlos Mechoso y refe-

<sup>31</sup> Las medidas prontas de seguridad eran un recurso de suspensión de garantías que contemplaba la Constitución uruguaya. Nacidas con otros fines, desde 1967 fueron utilizadas como recurso frente a los conflictos sociales, siendo su uso reflejo de una práctica de gobierno de rasgos autoritarios.

<sup>32</sup> Rojo y Negro, Montevideo, no. 2, diciembre 1968, p. 15: “40 puntos para la acción aquí”.

<sup>33</sup> FAU, COPEI, 1972, Montevideo. Archivo FAU, Montevideo. No conocemos la forma en que fue realizado este documento, pero sí se observa que tiene dos partes diferenciadas que

rencias que aparecen en prensa anarquista posterior a la dictadura,<sup>34</sup> este documento expresa una postura resultado de un proceso de elaboración continuada, que se inició tras la Revolución Cubana, maduró a lo largo de esos años en discusiones, actos, documentos, publicaciones como *Lucha Libertaria* o las Cartas de FAU, y finalizó en esos momentos. Es reflejo de la evolución ideológica de la organización, como se mostrará en la formulación de algunas concepciones básicas expresadas en el documento, si bien tenían sus precedentes en momentos anteriores (1968-1969) y —sobre todo— en la práctica desarrollada entre 1970 y 1972.

En junio de 1968 los ex dirigentes de la FAU, líderes también muchos de ellos en el movimiento sindical, potenciaron el nacimiento de la Resistencia Obrero Estudiantil (ROE), concebida como sector de masas dentro de un movimiento más amplio de tendencia revolucionaria en el medio sindical y estudiantil. Igualmente, en la segunda mitad del año empezaron a desarrollar el brazo armado para la lucha revolucionaria, la Organización Popular Revolucionaria 33 (OPR-33). Estas dos estructuras, junto con la dirección clandestina de la ilegalizada FAU,<sup>35</sup> fueron los elementos básicos de la concepción revolucionaria anarquista, recogida en el OPEL. La clave era la insurrección. No era una idea nueva: ya en 1962 se encontraba citada en su prensa a través de un texto de Malatesta, en el que se proyectaba bajo la dirección de una minoría consciente, que aprovecha o crea las circunstancias para arrastrar a las masas.<sup>36</sup> La idea central es la existencia de un centro político que organiza, dirige y coordina el proyecto revolucionario. Este es el papel que se adjudicaba a la estructura de dirección clandestina de FAU desde 1968. La novedad en 1972 fue que pasó a definirse como Partido,

parecen haber sido escritas en distintos momentos. La primera, dividida en 10 epígrafes, por su composición y redacción, parece resultado de la unión de otras tantas entregas sobre el tema en alguna publicación periódica, quizás las Cartas de FAU (prensa clandestina utilizada entre 1968 y 1971). La segunda, sí fue probablemente escrita como un todo y después que la primera. En ella se encuentran los análisis y conclusiones más interesantes y profundas del texto, y las que mejor reflejan la evolución ideológica del anarquismo uruguayo en estos años. Este documento estaba escrito en clave (de ahí su nombre), de forma que simulase referirse a Venezuela, sus partidos y situación política.

<sup>34</sup> Juan Carlos Mechoso, entrevista con el autor, 9/12/2000, Montevideo. *Lucha Libertaria*, Montevideo, septiembre 1996, no. 4. Consúltese en: <http://www.nodo50.org/fau/Revista/II/II4/Lucha11.htm>

<sup>35</sup> Si bien FAU había sido ilegalizada, mantuvo buena parte de su estructura y funcionamiento. La organización pasó a denominarse entonces Familia o Tía, y su Junta Nacional o Secretariado, Fomento. Con estas claves se refieren a ella y su dirección en los documentos (Mechoso, 2002).

<sup>36</sup> *Lucha Libertaria*, Montevideo, noviembre 1962, no. 207, "Socialismo-Etapas fatales-Burguesía Nacional", p. 7.

algo insólito en el anarquismo y que estaba en relación con la evolución ideológica de la organización desde 1965.<sup>37</sup>

Las ideas básicas de organización y movilización, a partir de las cuales se define el proyecto, se pueden resumir en las siguientes: en primer lugar, la consideración positiva de la violencia como método válido para la destrucción del poder político burgués —el Estado burgués— objetivo último de toda política revolucionaria. La violencia se planteaba como importante, y su práctica concreta debía llevarse a cabo a través de los grupos adecuados para ello. Pero se entendía como un método más, necesario, sí, para que una organización pudiese considerarse revolucionaria,<sup>38</sup> que contribuía al proyecto, pero que no era ni el decisivo ni el principal.

El objetivo de la violencia a nivel de lucha económica, NO ES SOLO ni siquiera es PRINCIPALMENTE la obtención de las reivindicaciones económicas en sí mismas. Que la violencia en la lucha económica tiene por función contribuir —entiéndase bien CONTRIBUIR— a elevar el nivel de esas luchas a nivel político.

La violencia se entendía por tanto como el elemento fundamental para la elevación del nivel político de las masas, la creación de cuadros de choque y el ámbito de forja de militantes revolucionarios. Inserta en una estrategia más amplia y con las medidas de lucha adecuadas, era el medio más efectivo de propaganda y de ayuda en caso de negociaciones.

En segundo lugar, consideraban que la práctica de la violencia tenía unos niveles a los que debía adecuarse la estrategia y la estructura que la llevase a cabo. Estos eran:

- Agitación (actos, volanteadas, pintadas, manifestaciones) destinadas a ambientar y difundir los móviles de una movilización posterior.

<sup>37</sup> Desde 1965 algunos miembros de la dirección de la FAU habían entendido que era precisa una reactualización del anarquismo para adaptarlo a las luchas del momento. Así, comenzaron la lectura de otras fuentes teóricas en el seno de la izquierda, buscando herramientas que sirviesen a ese fin. Esos préstamos, como en principio los contemplaron, a la larga llevaron incorporados otros elementos con los que no habían contado inicialmente. Este sector del anarquismo uruguayo comenzó así un lento acercamiento al marxismo, principalmente, que si bien aportó elementos de interés en su propuesta y acción revolucionaria, a la larga le pasó facturas que implicaron problemas más graves (Juan Carlos Mechoso, entrevista con el autor, 9/12/2000, Montevideo).

<sup>38</sup> “Es realmente revolucionaria si se plantea y resuelve el problema del poder, y el problema del poder sólo se resuelve con una adecuada línea práctica de la violencia, o sea con una adecuada línea militar [...] No hay política revolucionaria sin teoría revolucionaria. No hay política revolucionaria sin línea revolucionaria. FAU, COPEI”, 1972, Montevideo. Archivo FAU, Montevideo.

- Paros o huelgas destinados a lograrla.
- Movilizaciones callejeras más o menos combativas para conmover a la opinión y galvanizar y cohesionar las propias filas.
- Acción directa como medio de repercusión pública, para castigar la traición y los represores, para radicalizar la propia movilización.<sup>39</sup>

Aquí se ilustra perfectamente lo que fue un programa de acción cumplido casi al pie de la letra. Es una de las claves de la estrategia anarquista en el medio de masas. Cada actividad fue llevada a cabo por la estructura correspondiente a ello en el complejo organizativo diseñado: desde las agrupaciones combativas en el movimiento sindical, a la organización armada clandestina, pasando por los grupos de violencia intermedia.

En tercer lugar, entendían necesario conjugar la lucha de masas con la lucha armada. Se insistía en que eran contribuciones convergentes, que no debían estar separadas, como ocurría en la concepción foquista. El objetivo era buscar la forma de estructurarlas para que ambas, al tiempo, en un mismo proceso, contribuyesen a la lucha revolucionaria. Esa conjugación de lucha armada y de masas era lo que hacía al foco inviable, pues carecía de la segunda. Y sin ella, sin la participación de masas, no se comprendería el proceso revolucionario. La insurrección no la realizarían las masas entendidas en un sentido amplio: sí se contemplaba la posibilidad de demostraciones de masas en las calles, pero al referirse a ellas en el COPEI, se definían como los sectores más conscientes, más combativos, aquellos que por un trabajo político previamente desarrollado por el partido, están en condiciones de tomar una parte activa en un movimiento de este tipo.

En cuarto lugar, el partido y el trabajo político previo orientado por éste eran fundamentales en esta concepción. De su trabajo se derivarían los tres requisitos básicos establecidos para la insurrección: a) la participación de sectores de masas; b) la participación de un apartado armado clandestino que fuese la vanguardia el proceso, lo canalizase y llevase adelante; c) un trabajo previo sobre algunas partes de las fuerzas represivas para intentar acercar sus posiciones.

Estos tres requisitos presuponen como es obvio, la existencia de un minucioso trabajo político previo, del cual sólo puede hacerse cargo el partido como organización capaz de desarrollar, promover y armonizar desde un centro de dirección común diversas actividades. [...] Esta concepción de la insurrección

<sup>39</sup> FAU, Cartas de FAU, “Algunos criterios para el trabajo a nivel de masas”, 19/5/1969, Archivo FAU, Montevideo.

armada conduce, una vez más, a la conclusión de que la estructura del partido es la meta fundamental en la etapa de procesamiento de las condiciones para la insurrección, y no a la inversa. O sea, que se procesa la acción armada a través de un centro político y no se procesa el centro político a través de la acción armada.

Como hemos señalado, estas ideas estaban ya presentes en 1968. Desde mediados de años, la dirección clandestina de la ilegalizada FAU pasó a adquirir un rol central en la estrategia revolucionaria. Además, se crearon dos nuevas estructuras: la ROE y la OPR-33. Eran las tres patas de un proyecto político que actuaba bajo una dirección política común.

La estructura de masas, la ROE, nació en junio de 1968 y fue planteada como una instancia de mayor compromiso y combatividad dentro de la Tendencia combativa en el medio sindical. Su papel dentro de la estrategia trazada era doble: por una parte, hacerse con el control de los sectores más combativos del movimiento sindical y estudiantil, así como realizar un trabajo de organización, orientación y coordinación continuadas de las bases, para así restar fuerzas al comunismo en los medios de masas; por otra, darle un tono combativo al movimiento revolucionario a través de agitaciones, paros, huelgas y movilizaciones callejeras. Se entendía que el papel del movimiento sindical era fundamentalmente reivindicativo, pero debía enmarcarse en una estrategia revolucionaria que combinase los objetivos inmediatos con un programa de transformación radical de la sociedad.

Por su parte, la organización armada, la OPR-33, estaba formada por grupos de acción reducidos en planteamiento, fuerza y objetivos, y cuyo fin era el apoyo de las luchas populares, con un control político que evitase la militarización y centralidad de la lucha armada —algo que se criticaba al foquismo. Sus acciones estuvieron relacionadas con el financiamiento de la organización y sus actividades, o de alguna de sus partes, caso de la ROE y su medio de prensa desde 1971, *Compañero*. También actuaban como apoyo de conflictos sindicales a través de secuestros o acciones violentas que facilitasen una negociación o la resolución de un conflicto. El incremento de los niveles de violencia entendían que debían promoverlo según las condiciones de las luchas sociales y las posibilidades de asimilación de ellos por el pueblo uruguayo. Además, se procuraba la formación política del militante de la OPR-33, considerando que era primordial para poder desarrollar una actividad armada y evitar el hombre de acción, es decir, la acción por sí misma y las desviaciones que ello conllevaría, pues éstas no entraban en la concepción de violencia y revolución que defendían. De ahí que el reclutamiento se buscara también preferentemente en sectores politizados y con formación, así como en el medio obrero, antes que en el estudiantil, por



formación, edad, y estimar que la posición y responsabilidad ante la vida y el accionar eran diferentes.<sup>40</sup>

Existió una estructura intermedia: los “grupos de Violencia FAI”. Su función era el apoyo y radicalización de luchas callejeras a través de pequeños grupos de acción, no armados, pertenecientes a FAU-ROE (no a la OPR-33). Participaban en manifestaciones y si había sido estimado conveniente su participación, realizaban acciones de sabotaje u otro tipo, disimuladas en medio de las protestas sociales, pero orientadas y organizadas previamente.

## Conclusiones

Las propuestas revolucionarias de MLN-T y anarquismo fueron las únicas que estimamos pueden recibir tal calificativo en el seno de la izquierda revolucionaria uruguaya en los años sesenta. Otros grupos tuvieron proyectos, participaron de espacios de encuentro o debate, e incluso intentaron poner en marcha nuevas estructuras de acción. Pero no llegaron a elaborar ni dearrollar auténticas propuestas para procurar la transformación revolucionaria del país.

Las que hemos analizado del MLN-T y el anarquismo tuvieron muchas limitaciones. Pero con todo, fueron ejemplo de dos tendencias clave en la izquierda uruguaya en aquellos años. La primera, vinculada directamente además con los modelos revolucionarios en boga desde el triunfo de la Revolución Cubana, fue la más significativa por su gran desarrollo y sus profundas repercusiones en el Uruguay de la época. Desde 1968 el MLN-T se convirtió en un actor político de primer orden e influyó decisivamente en la evolución del país en los siguientes años. La segunda, la anarquista, es menos conocida y probablemente tuvo repercusiones más limitadas. Pero sin ella no se entiende la radicalización de las luchas sociales en el Uruguay entre 1968 y 1973. Si la acción tupamara era un constante y grave problema para el gobierno, no menos lo era la agitación social, encabezada y estimulada en muchos casos desde la ROE y los grupos de Tendencia Combativa en el movimiento sindical capitalizados por la primera. Sus luchas fueron la gran preocupación del gobierno de Pacheco Areco hasta que en agosto de 1970 el accionar tupamara cobró nuevos tintes con el asesinato del asesor policial norteamericano Dan Mitrone. Fue un proyecto que si bien estaba influido por la Revolución Cubana y la evolución ideológica propia sufrida desde mediados de los sesenta, retomaba también viejas tradiciones del anarquismo, ofreciendo nuevas propuestas de acción y organización en una izquierda por mucho tiempo poco rica en ese aspecto.

<sup>40</sup> Juan Carlos Mechoso, entrevista con el autor, 9/12/2000, Montevideo.

El MLN-T fue derrotado militarmente en 1972. FAU-ROE, tras la intensa actividad de 1971 y 1972, cuando se desarrollaron en plenitud sus estructuras revolucionarias, acabó exiliándose en Argentina en 1973 tras el golpe militar. Allí en 1975 finalizó su proceso de transformación ideológica y cambió su nombre por el de Partido por la Victoria del Pueblo (PVP), que un año después, en París y con la mayoría de la dirección desaparecida o asesinada en Buenos Aires, fue definida por los que sobrevivieron como marxista, posición que por otra parte debemos señalar había sido derrotada el año anterior antes de la debacle.

### Bibliografía

- Begin, Menahem, *La Rebelión*, Barcelona, Plaza y Janés, 1978.
- Costa, Omar, *Los Tupamaros*, México, Era, 1971.
- Debray, Régis, *¿Revolución en la Revolución?*, La Habana, Casa de las Américas, Cuadernos de la revista Casa de las Américas, 1967.
- Fernández Huidobro, Eleuterio, *Historia de los Tupamaros*, vols. 1 y 3, Montevideo, Tae, 1987.
- , *Historia de los Tupamaros*, vol. 2, Montevideo, Tar, 1995.
- Guevara, Ernesto, *Obra revolucionaria*, México, Era, 1974.
- Guillén, Abrahám, *Estrategia de la guerrilla urbana*, Montevideo, Manuales del Pueblo, 1966.
- Harari, José, *Contribución a la historia del ideario del MLN, Tupamaros. Análisis crítico*, Montevideo, Plural, 1987.
- Marighella, Carlos, “Manual del Guerrillero urbano”, *Tricontinental*, no. 16, La Habana, enero-febrero, 1970.
- Mechoso, Juan Carlos, *Acción directa anarquista, una historia de FAU*, Montevideo, Editorial Recortes, 2002.
- OLAS, *Primera Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad*, La Habana, 1967.
- PCU (Partido Comunista Uruguayo), *Congresos y Documentos del PCU*, Montevideo, Comisión Nacional de Propaganda del PCU, 1988.
- Prieto, Rubén Gerardo, *Por la tierra y por libertad. Trabajadores rurales y proceso revolucionario. UTAA y el MNL-T (Movimiento Nacional de Lucha por la Tierra)*, Montevideo, Nordam, 1986.
- Rey Tristán, Eduardo, “La izquierda revolucionaria uruguaya, 1955-1973”, tesis doctoral, Universidad de Santiago, España, 2002 (inérita).
- Taber, Robert, *La guerra de la pulga. Guerrilla y contra guerrilla*, México, Era, 1973.